

terio propio dentro de determinados límites; el ejército les dará por ello las gracias, el pueblo no perderá nada de su libertad y á sus representantes se les ahorrará la penosa tarea de tener que decir lo que no se sabe sobre asuntos técnicos. No hay que extrañar que se pidan 100,000 thalers para reforma de mochilas, sí, señores, de mochilas, pues el que no la ha llevado con toda la fuerza del calor, no sabe lo que pesa. Hay muchos asuntos que conoce seguramente mucho mejor la administracion militar que una reunion de excelentes patriotas. Pongan los señores que me escuchan á sus facultades, que nadie les niega, una barrera voluntaria; hay necesidades que rompen el círculo en que se pretende encerrarlas cuando es demasiado estrecho.» En la opinion pública que se ponía en movimiento á cada nueva peticion para los gastos del ejército existian preocupaciones indestructibles desde la época en que cada liberal creía que bastaba suprimir los ejércitos para tener paz eterna y que la verdadera organizacion militar era la de la Suiza, ó en todo caso, una milicia nacional prusiana y de ningún modo activa. El pensamiento de Moltke en todos sus discursos fué curar á la opinion pública de sus temores, reconciliarla con la dura necesidad de una paz armada y acostumbrarla á la idea de que lo que concedía para el ejército no era un gasto, sino un empleo del capital, que daba sus rendimientos en la conservacion de la paz y en la seguridad de la victoria en el caso de romperse. Segun Moltke, en estas cosas el mayor derroche consistía en escatimar el gasto necesario, desconociendo el alto valor del ejército como inapreciable escuela de todas las virtudes humanas, á que asistía la juventud, apta para las armas. Era preciso tener en cuenta el objeto de la organizacion militar, no perder de vista la confianza de la nacion en el ejército y en su administracion, y hacerle comprender que esta administracion pedía lo que necesitaba realmente para su sostenimiento y que lo que recibiera sería acertadamente empleado. Esta confianza, fundada en el éxito histórico universal y que invocaba como orador desde hacia veinte años, invocó tambien el 4 de diciembre, aunque inútilmente.

El aumento que el proyecto de ley pedía fué rechazado en su primer artículo por la comision, la cual desaprobó primero los 468,000 hombres y despues la concesion por siete años, concediendo solo por tres años (desde el 1.º de abril de 1887 hasta el 1.º de marzo de 1890) 441,200 hombres, y por un año (1.º de abril de 1887 hasta 31 de marzo de 1888) un aumento de la fuerza activa de paz hasta el número de 450,000 hombres. Cuando el 11 de enero de 1887 se efectuó en el parlamento la segunda lectura del proyecto, el diputado baron de Stauffenberg presentó enmiendas que demostraban la impresion que habia producido en su ánimo la inmensa excitacion del país á consecuencia de la actitud hostil de la comision. Segun su primera enmienda al dictámen de la comision, el aumento de fuerza para el año de 1887-1888 sería de 454,402 hombres en vez de 450,000. La segunda enmienda proponía que, en caso de ser rechazada la primera, se concediese la cifra total de 468,409 hombres pedida en el proyecto, pero no por siete años, sino por tres solamente. Esta enmienda, segun pudo deducirse de la discusion, tenia por objeto poder decir á los electores cuando se disolviese el parlamento y se hicieran nuevas elecciones: «Nosotros concedemos todos los hombres y todos los recursos que nos piden.» Estas fueron las frases que pronunció el diputado Windthorst, pero carecian de exactitud, pues la concesion de los siete años significaba, segun expresó acertadamente el diputado doctor Buhl, un aumento de 112,000 hombres, al paso que el aumento con la de tres años era solo de 48,000.

Como primer orador tomó parte contra cada una de estas rebajas el diputado conde de Moltke, el día 11 de enero de 1887. Disertó sobre la pregunta que estaba pendiente de todos los labios: «¿Tendremos guerra?» y contestó: «Voluntariamente ningún jefe de Estado tomará sobre sí la inmensa responsabilidad de arrojar la tea incendiaria en los combustibles amontonados por todas partes; pero habrá una guerra política involuntaria si las pasiones populares, la ambicion de los jefes de partido y la opinion pública, mal dirigida por palabras y escritos, son mas fuertes que el deseo del gobierno de evitarla; y á esta situacion llegaremos si es rechazado el proyecto del gobierno. Entonces creo con seguridad que tendremos guerra.» Añadió que era consolador que ninguno de los grandes partidos hubiese rechazado en absoluto la peticion del gobierno y que solo se luchase sobre el tiempo que habia de durar la concesion; que debia recordar que el ejército no podía ser nunca una cosa provisional, sino que era la principal de las instituciones en todos los países, por ser la única que hacía posibles las demás, pues toda la libertad política y civil, todas las creaciones de la civilizacion, de la hacienda y del Estado, se sostienen y caen con el ejército. «Señores, prosiguió el anciano mariscal, esas concesiones por tiempo limitado de uno ó tres años no nos sirven de nada. Los fundamentos de toda organizacion militar son la duracion y la estabilidad. Señores, creo y me atrevo á decir que las miradas de la Europa entera están fijas en esta asamblea. Yo me dirijo al patriotismo de la cámara y la ruego que apruebe el proyecto del gobierno sin rebajas ni modificaciones. Demostremos al mundo que el pueblo alemán y su gobierno están unidos y que el parlamento está dispuesto á hacer toda clase de sacrificios, hasta el de su opinion, cuando se trata de la seguridad de la patria.»

En los cinco notables discursos con los cuales el príncipe de Bismarck defendió el proyecto en los días 11, 12 y 13 de enero, declarando resueltamente que si era rechazado sería disuelto en seguida el parlamento, descollaron principalmente las ojeadas retrospectivas que dirigió á su política de paz del año 1886 y á su actitud en el año 1867 en la cuestion del Luxemburgo. En primer lugar demostró el día 13 á los libre-pensadores y clericales, con párrafos sacados de sus periódicos, que con el pretexto de la catástrofe que ya conocemos del príncipe Alejandro de Bulgaria, habian pedido con verdadero apasionamiento la guerra contra Rusia, dificultándole de este modo la conservacion de la paz universal, para la cual pedía á la sazón el refuerzo duradero del ejército. En lo concerniente al peligro de guerra de la primavera del año de 1867, hizo en el mismo discurso la importantísima revelacion de que como fundamento decisivo en la cuestion de Luxemburgo, habia pensado que una nueva guerra entre Alemania y Francia no sería terminada con una sola campaña, y que aquel que fuese vencido no esperaría mas que á reunir fuerzas suficientes para tomar el desquite en una segunda guerra. «Si hubiéramos sido nosotros los vencidos, prosiguió el orador, supuse que hubiéramos hecho lo mismo que hace Francia. Dije en aquella época en el consejo del rey que no se trataba de una sola guerra, sino de toda una serie de guerras que podrian durar quizá medio siglo.»

En su primer discurso del día 11 habia dicho: «El Luxemburgo no valía ciertamente una guerra con Francia, ni tampoco lo valian nuestros discutibles derechos de guarnicion una vez disuelta la confederacion germánica. Lo que habia que preguntarse era si despues no tendríamos que hacer la guerra, y pensé: es posible que sea así, mas no puedo saberlo, porque no me es dado mirar las cartas á la Divina Providencia. Yo no daré nunca el consejo de emprender una guerra por el solo motivo de que pueda tener que hacerse

despues. Puede ser que si por voluntad de Dios tenga que emprenderse despues, estemos en condiciones mas favorables que ahora, como sucede en Francia. Hemos combatido en 1870 con mas éxito del que hubiéramos podido obtener en 1867; pero es tambien posible que si hubiese muerto antes el emperador Napoleon, nos hubiésemos ahorrado la guerra.»

No faltaban por lo tanto garantías de la sinceridad de la solemne promesa hecha por Bismarck en estas palabras: «Nosotros no atacaremos á Francia en ningún caso.» De otro modo estaba la cuestion de la ruptura de la paz por parte de Francia. Contra ésta no habia mas garantía sino la de que se mantuviese vivo el temor de nuevas derrotas en todos los partidos. «Cuanto mas fuertes seamos, decía el canciller del imperio, mas improbable es la guerra. La probabilidad de un ataque francés, probabilidad que hoy no existe, vendrá si bajo otro gobierno distinto del actual Francia cree tener algun motivo para suponer que habria de vencernos. Es posible que cualquier día entre un nuevo gobierno francés cuya política solo tenga por objeto vivir del *feu sacré*, mantenido ahora cubierto tan cuidadosamente debajo de la ceniza. Sobre esto no pueden tranquilizarme por completo las afirmaciones de paz, ni las palabras ni los discursos, así como tampoco sé lo que he de hacer con las promesas del parlamento que nos dicen: — Cuando se presente el peligro puede usted contar hasta con nuestro último thaler; estaremos á su lado con nuestra sangre y nuestra hacienda á su disposicion. — Estas son palabras, y con ellas nada puedo hacer, pues ni las palabras son soldados ni los discursos batallones, y cuando tengamos al enemigo dentro del país y le leamos estos discursos se echará á reír en nuestra cara (1).»

Apenas fueron conocidas las manifestaciones de Bismarck sobre el *feu sacré* de los franceses, cuando la prensa francesa con toda la acritud posible demostró su completa exactitud. Ante las consecuencias que por parte de la excitada Francia y de su general de desquite, Boulanger, podría tener la cuestion de aumento del ejército en Alemania, era una inmensa responsabilidad para todo hombre político el que, por discutir si habia de ser el aumento de tres ó de siete años, pareciese que los alemanes no podian soportar el peso de su gigantesco ejército (2) y quisiesen dejar la delantera de preparativos del último combate decisivo á la mayor riqueza y patriotismo de los franceses. Esta apariencia de desfallecimiento fué recibida en París con verdadero júbilo, cuando el 14 de enero se aprobó la segunda enmienda de Stauffenberg por 186 votos contra 154 y se anunció inmediatamente la disolucion del parlamento.

En la creencia de que esto significaba el desarme, que parecia decir á todos los enemigos de Alemania: «¡Ahora ó nunca!» el general Boulanger, sin consultar á los otros ministros, se atrevió á hacer preparativos de guerra, que, alucinado como estaba por la pasion de partido, creyó que serian eficaces y trascendentales.

En enero de 1887 mandó levantar en la frontera oriental de Francia un inmenso campamento de barracas, como si se tratara de la entrada inmediata de las masas en el país enemigo, dotando tambien con ansia loca las fortalezas de la frontera con provisiones de boca y municiones para algunos años. Hizo además grandes compras de caballos y armas, y pruebas de fusiles y cañones con melinita, etc.; y aquellos que durante la lucha electoral para el nuevo parlamento ale-

man habian sido acusados de instigadores de la guerra por haber tomado en serio lo que decian los periódicos, tuvieron la satisfaccion de ver, dos años y medio despues, que el general Boulanger se alababa públicamente de haberles engañado con sus medidas, y de que en el proceso de alta traicion y fraude que se le seguía saliesen á relucir todos sus manejos de guerra (3). Se demostró que era rigurosamente exacto un célebre artículo publicado por el periódico *La Post*, el 1.º de febrero, bajo el título de: *Sobre el filo del cuchillo* (4), que trataba de la posicion del general Boulanger, en Francia, «como dueño de la situacion;» de los preparativos que habia hecho con febril rapidez para la guerra y de la falta de todo contrapeso que pudiese hacer que Francia retrocediera. Un retroceso de esta índole solo podia conseguirse por una actitud patriótica y una incontrastable manifestacion de la unidad decisiva del pueblo alemán ante aquel militarismo demagógico y sin conciencia; y esta manifestacion fué provocada por las elecciones del parlamento celebradas en 21 de febrero de 1887.

La justicia popular de esta fecha destruyó á la mayoría del 14 de enero. El partido libre-pensador alemán no consiguió en las primeras elecciones sacar triunfante á ninguno de los suyos, que fueron 32 (antes 66), á pesar de estar auxiliado por el centro y por los demócratas socialistas. El partido popular de la Alemania meridional desapareció totalmente; de los veinticinco demócratas socialistas solo volvieron once, y de los once hanoverianos, tres. En cambio los liberales nacionales vencieron por 98 (en vez de 52), los conservadores por 79 (antes 75), el partido del imperio por 41 (antes 27) miembros. El centro se mantuvo con 97, pero en cambio tuvo que sufrir durante la lucha electoral en su direccion

(3) Bajo la impresion de estas revelaciones, decía el 21 de julio de 1889 en la *Freisinnigen Zeitung* (la *Gaceta liberal*) el diputado Eugenio Richter: «Han sido descubiertos ciertos anuncios de que por algunas circunstancias hubiera podido sobrevenir una guerra.» El 23 del mismo mes decía el periódico no menos libre-pensador, *Diario de Berlin*, en un artículo muy extenso: «Vino la furia melinita (es decir, en Francia), y para alucinar á las Cámaras, el *brav'general* las convidó á ver las pruebas de los nuevos cañones y fusiles, y para infundir en el ejército el entusiasmo belicoso comenzó el mareo patriótico de Derouledé, al cual se unieron el refuerzo de las tropas de la frontera y la construccion de locomotoras y almacenes en el Este. Entonces vió claro el *brav'general* que como mejor podría iniciar su protectorado sería por medio de una *petite guerre*. Mientras que trataba de asegurarse la *alianza de Rusia*, creyó el mundo, y principalmente el ejército francés, que habia llegado el día de la venganza, y Boulanger fué, en efecto, durante algun tiempo, *rey del ejército*. Hoy sabemos cuán cerca estuvimos entonces de la guerra, pues Boulanger la deseaba! A este fin habia colocado á lo largo de la frontera oriental un mundo de *barracas de campaña*; habia almacenado en todos los fuertes, especialmente en las grandes plazas de Verdun, Belfort y Toul, provisiones y municiones para años enteros; alimentaba la industria privada con encargos de muchos millones, y aun hoy viven las guarniciones de los fuertes del Este de las provisiones de guerra de Boulanger, hechas ya en el invierno de 1886 á 1887. Y sin embargo, puede leerse en los diarios franceses que las guarniciones de estos fuertes no querian comer el pan ni los caballos la cebada que habian de servir en aquella época para el ejército de campaña y que habian sido comprados en grandes cantidades por Boulanger. Aquí no se ha tratado de bagatelas, sino de millones. El no haber conseguido Boulanger la guerra á que aspiraba fué causa de su caída y de su bancarrota moral.» Su sucesor, el general Ferron, declaró ante la comision que despues de su huida, en el año de 1889, estaba encargada de su proceso, que las barracas de campaña habian sido construidas con los veinte millones que se concedieron á Boulanger por crédito extraordinario para tropas de ingenieros, y que con esto habia cometido dos grandes faltas: la primera el mandarlas construir en 1887, es decir, en medio de la lucha electoral de Alemania, contribuyendo con esto á aumentar la mayoría del príncipe de Bismarck, y la segunda el no haberlas guarnecido en seguida con tropas, cosa que habia reparado Ferron sin que de ello hubiese dicho nada la prensa.

(4) Véase el *Calendario histórico* de Wippermann de 1887, tomo I, páginas 381 á 382.

(1) Véase el *Parlamento alemán*, 1886 á 1887, tomo I, págs. 335 á 339.

(2) Véase el *Calendario histórico* de Wippermann de 1887, tomo I, página 469.

una sensible derrota, nada menos que por Su Santidad el Papa.

El 9 de febrero publicó la *Gaceta Universal de Munich* un escrito dirigido por el cardenal Jacobini el 3 de enero de 1887 al Nuncio en Baviera, monseñor Di Pietro (1), para poner por su conducto en conocimiento de los directores del centro que la Santa Sede deseaba vivamente que el centro abogase por el septenario pedido por el gobierno, porque esta conducta sería muy provechosa para la revisión definitiva de las leyes eclesiásticas prusianas. Esta manifestación demostró que el Papa, antes de la votación, había dirigido al jefe del centro una advertencia altamente significativa de la cual éste había prescindido, primero en la votación y después habiendo ocultado á sus compañeros este escrito. Entonces se comprendió también otro escrito enviado por el mismo cardenal Jacobini en 21 de enero, es decir, después de la votación, al barón de Frankenstein y publicado el 4 de febrero por la *Correspondencia política* de Viena. Este escrito (2) contenía una reprensión al dicho barón, el cual trató de justificar la votación del centro en 14 de enero con la libertad que había disfrutado siempre en asuntos no religiosos. Fuele contestado que la decisión sobre lo concerniente ó no concerniente á los intereses de la Iglesia correspondía sola y exclusivamente al Papa y no al director del centro. La recomendación del septenario fué nuevamente hecha con firmeza en interés del proyecto de ley sobre iglesias que estaba en perspectiva, advirtiéndose finalmente al barón que pusiese esta orden de Su Santidad en conocimiento de los miembros del centro, es decir, que no fuese ocultada segunda vez. Al propio tiempo se habló con algunos pormenores de otro escrito en el cual el barón de Frankenstein olvidaba de tal modo los deberes de respeto hacia el Papa, que le amenazaba con que el centro se disolvería antes que seguir en una cuestión semejante la orden del jefe infalible de su Iglesia. Si á esto se agrega el desenfado, apenas creíble, con que el diputado Windthorst, en la sesión de los diputados del Rin pertenecientes al partido del centro, celebrada el 7 de febrero, trató de disculpar su proceder en este asunto (3), se comprenderá cuál era la situación de este partido, á la cual ni los más brillantes resultados de la elección ni la táctica más útil de su jefe podían dar honor (4). La Iglesia misma no se había perjudicado por esto, pues al día siguiente de las elecciones, ó sea el 22 de febrero de 1887, fué al parlamento prusiano el proyecto concedido al Papa en forma de un quinto decreto de paz, después de cuya aprobación apenas había ya nada

(1) Impreso en el *Calendario histórico* de Schulthess, de 1887, página 80, y en el de Wippermann del mismo año, tomo I, pág. 121.

(2) Véase el *Calendario histórico* de Wippermann del año 1887, tomo I, págs. 112 á 113.

(3) Wippermann, tomo I, págs. 117 á 119.

(4) Véase la *Historia de la lucha eclesiástica*, de Pablo Majunke, página 580. Este autor demuestra que la resolución del centro de desear unánime el septenario, solo fué tomada por esta fracción en 11 de enero de 1887, por no tener conocimiento del escrito de Jacobini del 3 del mismo mes, y añade: «Se puede discutir si fué oportuno que el Padre Santo tomase la intervención impetrada por Berlín en este asunto; pero una vez tomada, la voluntad del Papa debió ser puesta en conocimiento de toda la fracción y no limitarse al de los miembros de la comisión militar.» Si esto hubiera sucedido, por lo menos la mitad del centro habría votado por el septenario, con lo cual el proyecto habría obtenido mayoría, quedando satisfecho Su Santidad. En vez de esto, habíase unido el centro con los libre-pensadores en la votación de los tres años, sobre lo cual dice Majunke: «Se esperaba que con esta votación se satisficiera el gobierno, ó en caso de disolución del parlamento, que los electores libre-pensadores (la vuelta del centro á su antiguo poder parecía indiscutible por motivos político-religiosos) volverían á elegir á los diputados que habían tenido hasta entonces sus votos. La experiencia demostró que esta táctica era errada por ambas partes.»

que tratar; pero el centro había perdido su posición como baluarte de la mayoría del parlamento alemán, y en el primer acuerdo de la nueva cámara hallóse en la situación, sin ejemplo para una fracción política, de no poder hablar ni votar, porque el Papa había condenado todas sus palabras y votos contra el septenario, y no quería tampoco prestar la completa obediencia que hubiera sido en realidad su deber.

El 3 de marzo reunióse el parlamento alemán nuevamente elegido. El ministro de Estado, Botticher, leyó el mensaje, cuyos párrafos principales trataban de la continuación desde entonces asegurada de la reforma social y tributaria, así como de la inteligencia del proyecto de ley relativo al ejército, que había vuelto á presentarse sin modificaciones. Bajo la presidencia de edad del conde de Moltke, empezaron las sesiones, y el 7 de marzo el ministro de la Guerra, Bronsart de Schellendorff, entre vivos aplausos de toda la cámara propuso que se pusiera término á la cuestión del ejército con una aprobación que fuese todo lo unánime que pudiera ser. «Olvidemos, dijo, en este momento lo pasado y tengan todos la bondad de mirar hacia adelante, hacia el porvenir, cuya gravedad no se oculta á nadie en la cámara. Espero con fundamento que será aprobado el proyecto; pero cuanto mayor sea la mayoría que lo acepte, con más seguridad se alcanzará su objeto. Y si ha sido cierta alguna vez la frase: «El que quiera la paz prepárese para la guerra.» lo es ciertamente en este caso.» El diputado doctor Bennigsen, en nombre de los liberales nacionales, manifestó su deseo de que el proyecto, sin pasar á la comisión, fuese discutido y aprobado en breves días sin modificaciones, supuesto que por resultado de las elecciones se había formado una mayoría compacta de tres partidos en favor del citado proyecto. Dijo también que para la discusión de los contra-proyectos que habían luchado en la última campaña electoral, con una violencia sin ejemplo, se encontrarían al tratar de otras proposiciones tiempo y espacio suficientes; y que, por tanto, sería más honroso para el parlamento y lo más acertado para toda la situación el no hacer precisamente de esta ley objeto de acalorados debates. La influencia de la aprobación ó desaprobación del proyecto en la paz ó en la guerra era considerada de distinto modo según las diversas opiniones; y sería también inconveniente discutir en la cámara sobre si el peligro de la guerra era más ó menos próximo, y si sería mayor por los deseos de ataque de Occidente que por las aun no resueltas complicaciones de Oriente. «Una cosa, señores, está fuera de toda duda, y se levanta como una roca por encima de las opiniones del interior y del exterior del país, y es el inquebrantable deseo de paz de nuestro emperador y de su política; es la acción incesante y continua de esta gran fuerza central del interior de Europa para conservar la paz universal. Al parlamento no le es dado intervenir directamente en la marcha de los acontecimientos políticos del mundo; pero una cosa puede y debe hacer, que es aumentar por su parte el peso que la política del poderoso imperio alemán pone en la balanza para la conservación de la paz universal. Esto puede y debe hacerlo sin dudas ni vacilaciones, evitando todo lo que en esta cuestión sea motivo de inútil pendencia, presentando ante el mundo el completo acuerdo del gobierno del imperio y de los representantes del país, aprobando lo que no solo consideran los gobiernos aliados, en repetidas y solemnes declaraciones, necesario para el mantenimiento y aumento de nuestra fuerza defensiva, sino también lo que la mayoría del pueblo alemán ha declarado indispensable por resultado de estas elecciones.»

El discurso del diputado Bennigsen describió tan exactamente la situación, y ésta era además tan clara, que nadie pidió que pasara el proyecto á la comisión, y pudo proce-

derse el 9 de marzo á la votación definitiva. En aquel día leyó el diputado Frankenstein una declaración manifestando los motivos por los cuales el centro no tomaría parte ni en la discusión ni en la votación del proyecto. El diputado doctor Bamberger manifestó que él y su partido seguían aferrados á la enmienda de Stauffenberg, y el diputado Richter dijo sobre la última campaña electoral: «La presentación de este proyecto ha desempeñado un papel entre los electores, como si de su aprobación dependiese la paz ó la guerra. La alucinación sobre este punto es la que ha producido este acontecimiento electoral. La mayoría de este parlamento es un producto del temor de los electores.»

La enmienda de Stauffenberg, nuevamente presentada por sus partidarios, fué desechada por 222 votos contra 23, habiendo habido 88 que se abstuvieron de votar. En seguida se aprobó el artículo primero del proyecto por 223 votos contra 48. De esta votación habíanse retraído 83 diputados; del mismo modo, con algo más de mayoría, fué aprobado el artículo segundo y finalmente toda la ley.

La impresión producida por este hecho sobre los partidos en Francia demostróse por dos acontecimientos: el primero fué una decidida manifestación de paz, que el presidente Grevy tuvo el valor de enviar al mundo por medio de su periódico *La Paix*; y el segundo, mucho más significativo, fué que el jefe y fundador de la liga de patriotas, Deroudele, se retiró de su presidencia porque no tuvo efecto la guerra sobre la cual había fundado todo su complot con Boulanger. Así lo declaró públicamente por medio del *Figaro* (1), confirmando con esto nuevamente la seriedad del plan destruido el 21 de febrero.

Una decisión que producía tales frutos era el mejor presente que podía hacer el parlamento al emperador con motivo del nonagésimo aniversario de su nacimiento. Esta fiesta sin precedente en la historia de los monarcas, que le fué dado celebrar el 22 de marzo de 1887, fué una fiesta universal de paz de los soberanos y de las naciones, y se solemnizó por la nación como ninguna otra (2).

Los soberanos de Europa estuvieron representados por 85 miembros de las casas reinantes. A las familias de los príncipes de Alemania, que se habían reunido casi completas, agregáronse el príncipe heredero de Austria, el de Gales, los príncipes herederos de Dinamarca, Suecia y Bélgica, el duque Amadeo de Aosta, los grandes duques Wladimiro y Miguel de Rusia, el rey Carlos y la reina Isabel de Rumanía. Recibieron 83 tarjetas de felicitación de todas las partes del imperio, 1,648 telegramas, de los cuales 92 procedían de América, 23 de Asia, 10 de África y 6 de Australia; además llegaron regalos de flores, obras artísticas y poesías en innumerable cantidad, que llevaban al emperador la expresión conmovedora del amor, veneración y fidelidad que se merecía como protector de los intereses más sagrados del pueblo alemán. El anciano monarca celebró sus días como tenía por costumbre, es decir, examinándose á sí mismo con fervor, y lleno de humilde gratitud hacia Dios, que le había bendecido tan pródigamente. Recordaba con gravedad los

(1) El 22 de abril de 1887 publicó el *Figaro* una aclaración de Deroudele sobre su retirada de la presidencia de la Liga, de la cual reproducimos este párrafo: «*La hora* (de la decisión) *había sonado al fin*. Nuestro pueblo era suficientemente fuerte y animoso para oponer resistencia á un peligro que no había suscitado. Nuestra situación en Europa nos permitía contar con un serio apoyo al otro lado de la Alemania. Rusia estaba con nosotros, Italia vacilaba, las elecciones daban nueva fuerza á la república. *Jamás se nos ha presentado ocasión tan brillante*. ¿Y ahora? El gobierno ha caído de rodillas y ha dejado pasar todo sobre él; no se ha atrevido á hacer marchar las tropas, etc.» Véase el *Calendario histórico* de Wippermann del año 1887, tomo I, página 495.

(2) Wippermann, págs. 170 á 183.

días de su juventud, en que vio á la monarquía en su caída y después á su pueblo tratando de levantarla, y se contemplaba poseído de alegría por su juventud y por la larga vida rica en esperanzas que se presentaba ante su vista, y con la confianza de que el porvenir coronaría sus deseos y esfuerzos en pro del engrandecimiento de su patria. ¡Con cuánta frecuencia había sido intérprete el canciller de la gratitud del emperador hacia su pueblo! Pero una expresión de agradecimiento tan conmovedora y calurosa como la contenida en el edicto del 23 de marzo de 1887, no la había publicado jamás el *Diario del Imperio*.



El general Boulanger (según fotografía)

Parecía haber sentido el emperador que aquella solemnidad conmovedora de su cumpleaños era la última que estaba destinado á celebrar.

Bajo la elevada impresión de esta fiesta de paz, anuló el 28 de abril por medio de una decisión que mostraba su grandeza de alma el último pretexto de guerra (3) á que podría atenerse el general Boulanger, ordenando que el comisario de policía francesa, Schnaebelle, que era el jefe del ejército de espías de Boulanger, y que había sido capturado felizmente el 20 de abril en terreno alemán, fuese puesto en libertad, porque el fundamento del salvo-conducto de los empleados de la frontera en sus encuentros de servicio estaba por encima del castigo judicial de traición al país, que indudablemente había cometido Schnaebelle (4). El 29 de abril sancionó el emperador la última ley de paz con Roma,

(3) De la prisión de Schnaebelle dijo Boulanger en su manifiesto del 6 de agosto de 1889: «¿De modo que usted, señor procurador de la república, no sabe que jamás hemos estado tan próximos á la guerra?» Flourens, que era entonces ministro de Negocios extranjeros, dijo al retirarse que se marchaba á disgusto de su puesto, pero con la satisfacción de que dos veces durante el corto ejercicio de su cargo había impedido que se cortase el cabello del cual pendían las relaciones pacíficas entre Alemania y Francia.» (Véase la *Norddeutsche Allg. Zeitung*, 18 de febrero de 1890.) Esto aludía á los meses de enero y abril de 1887.

(4) Nota del ministerio de Negocios extranjeros del 28 de abril de 1887; *Calendario histórico alemán* de Wippermann del mismo año, tomo I, págs. 388 á 389.